

*Historia política y biografía: más allá de las fronteras**

Isabel Burdiel

Universitat de València

Resumen: Este artículo aborda la escritura biográfica desde el campo formalmente tipificado como «historia política». El argumento de partida es que los problemas básicos de la biografía y de la historia son sustancialmente comunes. A partir de ahí se propone una reflexión en torno a aquellos aspectos sobre los que la historia biográfica ha ido acumulando en los últimos años una masa crítica relevante. Se cuestionan así algunos de los supuestos comunes sobre «el retorno» de la biografía; la posición del historiador y su capacidad para argumentar la significación histórica de una vida individual en torno a preguntas generales; la historización y problematización de las nociones de individuo, sociedad y política; experiencia, identidad, subjetividad y objetividad; privado y público, local, nacional y global. En todos estos ámbitos, la biografía puede contribuir al necesario cruce de fronteras entre áreas tradicionales de análisis y a suturar la vieja herida abierta entre historia sociocultural y política, con el objetivo de ayudar a reconocer (y quizás celebrar) la pluralidad inagotable del pasado y el papel de los hombres y las mujeres en su conformación.

Palabras clave: biografía, historia política, historia sociocultural, historia biográfica.

Abstract: This essay looks at the writing of biography from the viewpoint of the field formally classified as «political history». The opening argument is that the basic problems of biography and history are essentially

* Este trabajo ha sido realizado en el marco de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía Histórica (HAR2008-03420), financiada por el MINECO.

the same. This leads to a reflection on aspects for which biographical history has accumulated a considerable critical mass in recent years. Questions are raised about some of the common assumptions concerning the «comeback» of biography; the position of the historian and his ability to argue about the historical significance of an individual life in relation to general issues; the historicizing and problematizing of the notions of the individual, society and politics; experience, identity, subjectivity and objectivity; private and public, local, national and global. In all these areas, biography can contribute to a necessary crossing of boundaries between traditional areas of analysis, and perhaps it could also help to heal the old wound separating socio-cultural and political history, with the aim of contributing to the recognition (and perhaps to the celebration) of the inexhaustible plurality of the past, and the role of men and women in shaping it.

Keywords: biography, political history, cultural history, biographical history.

«La experiencia más hermosa que podemos tener es el misterio. Es la emoción fundamental que está en la cuna del verdadero arte y la verdadera ciencia».

Albert EINSTEIN, 1931.

«El vértigo resultante priva a la historiadora de la certidumbre de las categorías de análisis y la deja buscando tan sólo las preguntas adecuadas».

Joan W. SCOTT, 2012.

En el invierno de 1996, Patrick O'Brien publicó un desabrido artículo contra la biografía política que suscitó cierta polémica¹. Para O'Brien, uno de los grandes líderes de la llamada «nueva historia económica» (ya no tan nueva por entonces), era necesario distinguir entre historiadores y biógrafos políticos, y, una vez hecho esto, preguntarse qué sentido podría tener para los primeros apuntarse a las promiscuas filas de los segundos. Ninguno, concluía, que

¹ *Contemporary British History*, vol. X, 4 (1996), pp. 60-66, con respuestas de Pauline Croft, John Derry y Nigel Hamilton (pp. 67-86 del mismo número). Una versión posterior en *Biography*, 21.1 (1998), pp. 50-57.

fuese legítimo y que justificase emplear el dinero del contribuyente en la investigación necesaria para escribir ese tipo de obras.

El problema no era sólo de la biografía, sino de la historia política en general. A diferencia de los historiadores económicos, que contaban con la teoría económica; de los historiadores sociales, que se apoyaban en la sociología, o de los culturales, que podían hacerlo en la antropología, los historiadores políticos «no tienen ninguna ciencia social que les ayude a entender a la gente que seleccionan para un tratamiento biográfico». Acaban entonces echándose en brazos de disciplinas tan débiles como la psicología, confunden «el ambiente» con «el sistema» y son incapaces de plantear seriamente el problema de la representatividad. O bien se agotan argumentando la excepcionalidad del carácter y los logros de ciertos hombres, o concluyen que éstos hicieron lo efectivamente esperado en las condiciones en las que actuaron. En ambos casos, una operación científicamente estéril que confunde la forma con la sustancia y que demuestra que la biografía política (el *súmmum* de los peores vicios de la historia política) no es un género suficientemente serio como para atraer la atención de los historiadores académicos.

A la altura de 1996, aquel artículo resultaba ya caduco y el magro debate que propició fue una buena muestra de ello. Hacía más de diez años que desde Francia, Italia o Alemania (y también desde la propia Gran Bretaña) se venía discutiendo no sólo sobre el papel heurístico de la biografía, sino sobre las líneas de renovación de una historia política que ya estaba muy alejada del estereotipo de O'Brien y de su fascinación por las «ciencias sociales» y los «hard facts». Sin embargo, a su forma divertidamente asilvestrada, la munición lanzada entonces rozaba (y a veces alcanzaba) el núcleo duro del secular recelo académico ante la biografía, y en concreto ante la biografía política. Un recelo que, contra lugares comunes al uso, no afectaba sólo a los historiadores sociales o económicos, sino que podía ser compartido por muchos historiadores políticos, incluidos los más conservadores. Así, Sir Geoffrey Elton, considerado el decano de los historiadores políticos británicos, respondió a la pregunta de «¿qué es la historia política?», formulada por *History Today* en 1985, argumentando que ésta consistía en el análisis de «el porqué, el cómo, el cuándo y en qué condiciones se produce la acción de los hombres para organizar sus asuntos comunes y determinar las relaciones dentro de un grupo y en relación con otros». Para

lograr ese objetivo, «la historia política coloca a la gente en el centro» y presta una atención especial al paso del tiempo porque «el cambio es la experiencia esencial del hombre en la historia [...] es la esencia de la experiencia histórica» en la cual éste participa activamente². El mismo Elton, sin embargo, se negó repetidamente a escribir la vida del personaje principal de todos sus escritos sobre el periodo Tudor, Thomas Cromwell, alegando que «la política es esencialmente una actividad social. Individualizarla desde una perspectiva particular es distorsionarla y malentenderla»³.

Historia y biografía. Los fantasmas del «retorno»

Veinticinco años después, los ecos de aquella ansiedad planeaban todavía sobre todos y cada uno de los artículos recogidos en los números monográficos dedicados al tema por la *American Historical Review* (2009) y el *Journal of Interdisciplinary History* (2010)⁴. De hecho, a pesar de su creciente práctica académica —y de su influencia innegable en la esfera pública—, para un sector nada desdeñable de la academia los riesgos de estar tratando con un fósil resistente siguen siendo altos. Las objeciones, ahora mucho más elaboradas, continúan apuntando hacia el temor de que la biografía sea incapaz de dejar de reproducir viejas formas de hacer y concebir la historia, manteniendo las jerarquías sociales, políticas y de

² Geoffrey ELTON: «What is Political History?», *History Today*, vol. XXXV, 1 (1985), pp. Un planteamiento menos sofisticado en su formulación (y desde luego en su concepción de la historia) pero que comparte un aire de familia que no debería asombrar en exceso con la ya célebre definición de Keith Baker de lo político: «La actividad a través de la cual los individuos y grupos de una sociedad articulan, negocian, implementan e imponen las demandas respectivas que se hacen entre ellos y al conjunto». Keith Michael BAKER: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-110, esp. p. 94. En relación con los desarrollos de los años noventa, Dtor WAHRMAN: «The new political history: A review essay», *Social History*, vol. XXI, 3 (octubre de 1996), pp. 343-354.

³ Citado por Colin J. DAVIS: «Decadencia final de una necesidad cultural: la biografía y su credibilidad intelectual», en J. C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.): *El Otro, el Mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, PUV, 2005, pp. 31-48, esp. p. 33.

⁴ David NASSAW: «Historians and Biography. Introduction», *American Historical Review*, vol. CXIV, 3 (junio de 2009), y *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010).

género clásicas, con algunas «inclusiones» más o menos obligadas y decorativas. Más aún, que la primacía otorgada aún a «los grandes hombres» (y, en su caso, a algunas mujeres) coincida naturalmente con la primacía —y lo que es peor, el aislamiento— de la política respecto a otras instancias de experiencia y acción; que el tiempo corto individual siga siendo considerado mayoritariamente el único verdaderamente relevante; que la sucesión cronológica ocupe en demasiadas ocasiones el lugar de la explicación, y que se continúe confiando demasiado en una noción de sujeto independiente y original, unitario, coherente, transparente para sí mismo, con una trayectoria propia, única y definida cuyo trazado es el objetivo central de la empresa biográfica. Las mismas reglas del género parece que obligan a ensalzar lo individual frente a lo colectivo y a aminorar la relevancia del análisis social o cultural más amplio. Un tipo de limitaciones que —como ya se habrá advertido— siguen expresando por extensión la desconfianza respecto a la propia naturaleza de la historia política dentro de la cual la biografía sería el exponente más anquilosado y metodológicamente más conservador⁵.

¿Hasta qué punto lo que hemos venido denominando historia política sigue encajando, o incluso teniendo sentido, en una historiografía ampliamente renovada, cuyo foco se ha desplazado hacia la llamada «gente corriente» y hacia los estudios sobre las razas, las clases sociales, el género, los discursos y la conformación de las categorías de identidad históricas? ¿Qué puede aportar a una historiografía que impugna cada vez más las historias nacionales (o internacionales) que fueron el marco obligado y la sustancia misma de la historia política clásica? ¿En qué medida puede tener ésta algo que decir en una perspectiva transnacional, global, interesada en la mezcla, la hibridación, las historias que se conectan y se entrecruzan? ¿Resultan los historiadores políticos artríticos y lentos por comparación con los cambios teóricos y metodológicos experimentados en otros ámbitos? ¿Qué añaden realmente a las nuevas líneas de reflexión cuando, al intentar conjurar su ansiedad ante las acusaciones de ser «blandos metodológicamente», no hacen sino aban-

⁵ Lucy RIAL: «The Shallow End of History? The Substance and Future of Political Biography», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010), pp. 375-397, y Stephen BROOKE: «Subjects of interest: Biography, Politics and Gender History», *Journal of the Canadian Historical Association/Revue de la Société Historique du Canada (JCHA/RSHC)*, vol. XXI, 2 (2010), pp. 21-28, esp. p. 22.

donarse en los brazos de la ciencia política, de la sociología o de la antropología?⁶

Este artículo no pretende, por supuesto, responder a todos esos interrogantes. Su objetivo es contribuir a perfilar las preguntas adecuadas sobre cuál podría ser (y en ocasiones ya es) el valor del análisis biográfico y su capacidad para renovar lo que entendemos por «político» en el mundo histórico y las formas de abordarlo⁷. Para hacerlo creo que es necesario asumir que, más allá de ciertas exageraciones de oportunidad en el mercado historiográfico, las críticas al «retorno» de la historia y las biografías políticas no deben dejarse caer en terreno baldío. De hecho, el esfuerzo de contestación a las críticas pertinentes, la búsqueda de su propia singularidad y, al mismo tiempo, la insistencia en que los problemas sustanciales de la biografía histórica constituyen en sí mismos problemas históricos e historiográficos clásicos, ha demostrado la elasticidad de la reflexión y la práctica biográfica respecto a unas ilusorias y esenciales reglas del género. Se ha reflexionado ya mucho (y no pretendo ser exhaustiva ni establecer un orden de prioridades y causalidades) sobre la posición del biógrafo y su capacidad para construir y argumentar la significación histórica de una vida individual; sobre la ampliación y reformulación de las nociones de individuo y sujeto histórico; la discusión de las categorías que lo constituyen y la problemática de las convenciones sobre la experiencia, la identidad, la subjetividad y la representatividad, lo privado y lo público; la cuestión crucial de las técnicas argumentativas y de los recursos expresivos de la narración/narraciones biográficas, etcétera.

Quiero defender que el potencial común de los cambios introducidos hasta aquí para el estudio del papel de los hombres y las

⁶ Paula BAKER: «The Midlife Crisis of the New Political History», *Journal of American History*, 86 (1999), pp. 158-166, e íd.: «Is There an Audience for History with the Facts Left In?», ponencia presentada en el encuentro anual de la Organization of American Historians, St. Louis (marzo de 2000), citado por Romain HURET: «All in the Family Again? Political Historians and the Challenge of Social History», *The Journal of Policy History*, vol. XXI, 3 (2009), pp. 239-263, esp. pp. 240 y 244.

⁷ Quiero advertir, además, que las referencias a estudios concretos proceden en su mayoría, aunque no siempre, de la historiografía contemporánea y no tienen ningún afán de exhaustividad ni, por supuesto, pretenden un balance de las aportaciones recientes de la historia biográfica a las problemáticas a que se alude. Hago uso, extenso en ocasiones, de mi propia experiencia como investigadora.

mujeres en «la configuración de los mundos que heredan, que habitan y que conforman» permite distanciarse de la celebración auto-complaciente de prácticas historiográficas ya superadas y, también, de la creencia ingenua en que la biografía puede resolver por sí misma las aporías que suscita el carácter circular del conocimiento en su tensión constante entre el todo y las partes, lo individual y lo colectivo. Sólo desde ese doble distanciamiento puede la historia biográfica demostrar su capacidad para convertirse en un observatorio y un terreno de engarce útil para el cruce estratégico (y consciente) de diversos marcos de análisis que, como ya advirtió Marc Bloch en su momento, constituyen la condición *sine qua non* para entender históricamente. Una pluralidad de enfoques que es más desconcertante e incierta, pero cuyos logros (cuando se producen) son más intensos y perdurables⁸.

Este punto de partida creo que permite, además, alejarse de uno de los fantasmas más persistentes e inoperantes del mito del retorno: el que establece líneas de oposición rígidas y estereotipadas entre una supuesta historia «política» centrada en los acontecimientos e individuos relevantes y otra «social» en la que acontecimientos e individuos desaparecen por completo frente a análisis que sólo reconocen entidad e interés a las repeticiones, las regularidades, lo colectivo y lo anónimo. La reflexión sobre el papel de los acontecimientos y de la acción individual, y sobre qué cosa es un acontecimiento y un individuo, cómo se convierten en tales, cuál es su relación con el mundo histórico, etc., ha sido siempre mucho más

⁸ Sabina LORIGA: «Écriture biographique et écriture de l'histoire au XIX^e et XX^e siècles», *Les Cahiers du Centre de Recherches Historiques*, 42 (2010), pp. 47-71. El entrecomillado es de Gabrielle SPIEGEL: «La historia de la práctica. Nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006/2), pp. 19-50. El cruce de marcos, que incluye una reflexión sobre el eclipse de la biografía, en Marc BLOCH: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996 (1.ª ed., 1949 y 1993). Para la última década, Hans Erich BÖDEKER (ed.): *Biographie schreiben*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2003, con colaboraciones en varios idiomas entre las que destacan, para la argumentación de esos cambios, las del propio Bödeker, Jacques Revel y Anthony J. La Voppa. Véase también el número monográfico editado por Adele PERRY y Brian LEWIS: *The Biographical (Re) Turn*, *Journal of the Canadian Historical Association/Revue de la Société Historique du Canada (JCHA/RSHC)*, vol. XXI, 2 (2010), pp. 3-89, especialmente los textos de los editores y de Roderick J. BARMAN: «Biography as History», pp. 61-75. Así como Birgitte POSSING: «Biography: Historical», *The International Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*, Elsevier, 2013 (en prensa).

compleja y ha recorrido —con mayor o menor intensidad y con diversas variantes— la disciplina histórica desde su misma constitución como tal⁹.

De hecho, el renovado interés por todo ello no supone una ruptura radical con la historia social dominante en los años sesenta y setenta del siglo XX cuanto, al menos en parte, un camino abierto por ésta a través de su interés por la experiencia y la capacidad de acción de sujetos tradicionalmente excluidos de la gran narrativa (los trabajadores, los sujetos colonizados, las mujeres); su impugnación de las dicotomías entre «grandes» y «pequeños» personajes o privado/público, etc. Puede discutirse si la renovación de la biografía y de la historia se produjo mediante un encuentro «a medio camino» o si fueron los desarrollos de la segunda los que hicieron más complejo el modo de aproximarse al mundo histórico de la primera. En todo caso, no es casualidad que, antes de su obra clásica sobre la formación de la clase obrera inglesa, E. P. Thompson escribiese una extraordinaria biografía de William Morris y que la elaboración de su noción de *experiencia* estuviese asentada sobre una multiplicidad de historias personales que constituyen el entramado básico de su renovación del concepto de *clase*. Como ha recordado Susana Tavera, para un buen número de historiadores el interés por la biografía vino directamente de su preocupación por la historia social y sus preguntas fundamentales. «No existiría una sin la otra».

Para Tavera, como para otros historiadores e historiadoras entre los que me incluyo, fue ese recorrido intelectual el que fraguó su interés por la historia de las mujeres y por la biografía como método para obtener respuestas que no lograba alcanzar desde esquemas más estructurales. El resultado, en su caso, fue una biografía de Federica Montseny que ha abierto una revisión sustancial de las características del movimiento anarquista español de los años treinta del siglo pasado como un entramado de grupos y actividades, de redes de relaciones y obligaciones personales, plural, flexible y al tiempo profundamente introvertido y cerrado. Rasgos que explican y que

⁹ Sabina LORIGA: *Le petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010; Isabel BURDIEL: «La Dama de Blanco: notas sobre la biografía histórica», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 18-47, y François DOSSE: *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Valencia, PUV, 2007 (1.ª ed. francesa, 2005).

son explicados a su vez por la trayectoria de Montseny y la paradoja (entendida como contradicción aparente) de que fuese precisamente en aquella cultura política donde llegase a ser posible el personaje y su relevancia pública y política¹⁰.

Lugares de encuentro: la extensión y reformulación de lo político

Las líneas de evolución y cambio que han ido acercando los campos forzosamente separados de la historia política, social y cultural han sido complejas y, como suele suceder, las propuestas han venido desde ángulos diferentes, con efectos ciertamente acumulativos, pero asimétricos y, en ocasiones, contradictorios. Desde las tempranas llamadas a la reintegración de lo político a la historia social —en el camino abierto precisamente a principios de los ochenta por Geoff Eley y Keith Nield— al potente impacto de la historia de las mujeres, pasando por las reflexiones inducidas por la microhistoria, la nueva historia cultural o el impacto global del postestructuralismo en sus diversas variantes¹¹.

¹⁰ Entrevista publicada en el número monográfico *La biografía histórica*, *Cercles*, 10 (2007), pp. 280-289, y *Federica Montseny. La indomable (1902-1994)*, Madrid, Temas de Hoy, 2005. Además de la obra clásica de Edward P. THOMPSON: *The Making of the English Working Class*, Londres, Gollancz, 1965, véase íd.: *William Morris: de romántico a revolucionario*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1988 (1.ª ed. inglesa, 1955), y más tarde, íd.: *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. Varios autores han insistido en esa filiación del renovado interés por la acción humana y la biografía, Giovanni LEVI: «Les usages de la biographie», *Annales ESC*, vol. XLIV, 6 (1989), pp. 1325-1336; Jacques REVEL: «La biografía como problema historiográfico», en *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005; Nick SALVATORE: «Biography and Social History: An Intimate Relationship», *Labour History*, 87 (noviembre de 2005), pp. 187-92, y Pedro RUIZ: «Biografía e Historia. Diferencia e inclusión», en *Le singulier et le collectif à l'épreuve de la biographie*, II Encuentro de la Red Europea de Teoría y Práctica de la Biografía Histórica (RETPB/ENTPB), París, 9-10 de febrero de 2010.

¹¹ Geoff ELEY y Keith NIELD: «Why does social history ignore politics?», *Social History*, vol. V, 2 (1980), pp. 249-271. Para su evolución posterior, dos textos que considero cruciales en este momento, Geoff ELEY: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008 (1.ª ed., 2005), y Geoff ELEY y Keith NIELD: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010 (1.ª ed., 2007). Además del texto de Mónica Bolufer en este volumen, véase Giovanni LEVI: «Les biographies ne sont pas toutes des microhistoires», en *Biography as a Problem: New Perspectives*, III Encuentro de la RETPB/

Un recorrido de más de treinta años que, por lo que se refiere a la renovación de los estudios biográficos, ha tenido efectos importantes, pero aún ambiguos, en la medida en que el interés por la acción humana, la individualidad y la subjetividad no conduce directa y necesariamente a la adopción de la biografía como vía de análisis ni tiene consecuencias metodológicas determinadas. Todas las preguntas básicas siguen abiertas, incluida la oportunidad de seguir utilizando el término biografía. Frente a su supuestamente congénita e irreformable naturaleza restrictiva, el término anglosajón de *life writing* (procedente originalmente de los estudios literarios) ha intentado ofrecer una alternativa que permita incluir a todas las llamadas «escrituras del yo» como los diarios, las memorias, las cartas, las autobiografías, las biografías o, incluso, anotaciones de carácter mucho menos elaborado o informal. En su formulación más interesante, el término pretende cuestionar la separación tajante entre lo que se hace al escribir una biografía, una autobiografía o unas memorias; potenciar la autorreflexividad de los autores sobre su propia implicación en el trabajo; demostrar la necesidad de *narrar el yo* para negociar, asentar o impugnar las identidades socialmente atribuidas y favorecer, en suma, el reconocimiento de que, en potencia, todas las vidas y todos los relatos de vida son interesantes para el historiador. En su utilización más banal, y en el mejor de los casos, actúa como un paraguas cómodo y al uso que busca alejarse de las connotaciones negativas del término biografía. En el peor, suele propiciar un exceso de simpatía y evitar la reflexión sobre las sustanciales diferencias que existen, en lo epistemológico y metodológico, entre las diversas formas de escritura «personal» y los mecanismos de atribución de significado histórico a las mismas. No es, desde luego, lo mismo escribir una biografía o una autobiografía, ni tampoco pueden tratarse de la misma forma en tanto que documentos his-

ENTPB, European University Institute, Florencia, febrero de 2012, [http://www.valencia.edu/retpb/](http://www.va.lencia.edu/retpb/); William H. P. EINSTEIN (ed.): *Contesting the Subject. Essays in the (post) Modern Theory and Practice of Biography and Biographical Criticism*, Purdue University Press, 1991; Jo Burr MARGADANT (ed.): *The New Biography. Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, University of California Press, 2000; Peter FRANCE y William St. CLAIR: *Mapping Lives. The uses of Biography*, Oxford, Oxford University Press, 2002, y una reflexión global en Alun MUNLSOW: «History and Biography: An Editorial Comment», *Rethinking History*, 7(1) (2003), pp. 11-21.

tóricos, como no puede hacerse con diarios y cartas publicados o no publicados, etcétera¹².

En todo caso, y más allá de problemas nominales, el potencial de la biografía interesada en los procesos políticos se ha ampliado sustancialmente por la extensión y reelaboración de la propia noción de «lo político» en tres direcciones complementarias. En primer lugar, a través de una reconsideración del papel activo de la política y de la capacidad humana de actuar, lo que los anglosajones llaman *agency*. Un movimiento iniciado a mediados de los años ochenta que ha ido desembocando en una impugnación de la llamada «metáfora de la verticalidad», tanto por lo que se refiere al carácter determinado de lo político y lo cultural respecto a lo económico y social, como, más radicalmente, a la propia formulación de esferas de acción separadas. De hecho, lo que interesa cada vez más es la oportunidad de convertir en objeto de investigación la construcción y desarrollo históricos de dichas categorías de análisis disociadas y su impacto en la percepción y acción de los hombres y las mujeres del pasado. ¿Cómo se construyen «lo social» y «lo político» en tanto que ámbitos diferenciados? ¿Qué relación tienen con el tiempo histórico? ¿Cómo afectan al viejo problema (no sólo biográfico) de la representatividad?, etcétera¹³.

¹² Desde el principio, como recuerda Barbara Caine, el término ha estado mal definido y se han hecho muy pocos esfuerzos para superar su carácter ambiguo y fácilmente omnicomprendido que, en parte, es responsable de su atractivo. En la *Encyclopedia of Life-Writing* citada por Margaretta Jolly (Londres, Fitzroy Dearborn, 2001) no hay siquiera un intento de abordar la cuestión. Véase Barbara CAINE: *Biography and History*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010, esp. pp. 66-84 y 137, nota 5. Una valoración crítica muy bien articulada en Binne DE HAAN y Hans RENDERS: «The limits of representativeness. Biography, Life Writing and Microhistory», *Biography and Identity: Dilemmas and Opportunities*, IV Annual Conference in European History, Central European University of Budapest, mayo de 2010, y la sección dedicada por ambos autores y Marlene KADAR: «Biography and Life Writing», en Hans RENDERS y Binne DE HAAN: *Theoretical Discussions of Biography. Approaches from History, Microhistory, and Life Writing*, Lewiston, The Edwin Mellen Press, 2013, pp. 253-312.

¹³ James EPSTEIN: «New directions in Political History», *Journal of British Studies*, vol. XLI, 3 (2002), pp. 255-258, y Frank BÖSCH y Norman DOMEIER: «Cultural History of Politics: Concepts and Debates», *European Review of History*, vol. XV, 6 (2008), pp. 577-586. Interesa también el planteamiento de Harold MAH: «Phantasies of the Public Sphere: Rethinking the Habermas of Historians», *Journal of Modern History*, 71 (2000), pp. 153-182, y la incorporación relativamente tardía de las reflexiones de Hannah ARENDT en, por ejemplo, *De la historia a la acción*, Barce-

Por todo ello, y en segundo lugar, la sustancial extensión del campo tradicional de lo político ha permitido trascender las acciones del gobierno, del personal político o administrativo, las elecciones o la prensa, para entrar en aspectos relacionados con la representación cotidiana de demandas e identidades, los conflictos en torno a la ocupación de una esfera pública entendida en términos de diálogo asimétrico sobre cómo y cuándo se alcanza, qué significa el poder, dónde reside, cómo se resiste y subvierte. Un planteamiento deudor originalmente de la lectura histórica, sobre todo en Estados Unidos y en los años ochenta y noventa del siglo pasado, de Michel Foucault, Paul Ricoeur y Michel de Certeau, la cual, en contra de interpretaciones demasiado tópicas, tuvo una gran importancia para centrar la atención en «la hermenéutica del sujeto», las formas de subjetivación y de autoconstitución, los procedimientos individuales de comunicación, creatividad, acción y transgresión cotidianos, etc. Es a partir de ahí, e integrando críticas y desarrollos muy diversos, como la historia biográfica sustancia la expansión de los que pueden ser considerados agentes políticos más allá de los profesionales clásicos y de inclusiones más o menos anecdóticas o de oportunidad. El objetivo es identificar el interés que pueden tener trayectorias individuales en los procesos de negociación, conflicto e imposición a través de los cuales ocurren las interpretaciones históricas de qué es lo político; qué se concibe en una sociedad y en un tiempo histórico determinados como tal; cómo cambia y por qué; de qué manera afecta a la capacidad para imponer ciertas demandas de reconocimiento y de autoridad y excluir otras; de qué manera, en suma, todo ello se ve

lona, Paidós, 1995, y *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997. Para la construcción de lo social sigue siendo fundamental la obra de Mary POOVEY: *Making a Social Body. British Cultural Formation (1830-1864)*, Chicago, Chicago University Press, 1995. Un buen diálogo respecto a desarrollos posteriores, en competencia, en Patrick JOYCE (ed.): *The Social in Question. New Bearings in History and the Social Sciences*, Londres, Routledge, 2002, y el dossier coordinado por Miguel Ángel CABRERA (ed.): *Más allá de la historia social*, *Ayer*, 62 (2006/2). Véase también la reseña de Alex CALLINICOS de la obra clásica de William H. SEWELL (*Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, Chicago University Press, 2005) en *Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis*, 51 (2006), pp. 297-319. Una discusión interesante para la España decimonónica en Mónica BURGUERA: *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España*, Madrid, Cátedra, 2012.

definido en las luchas por imponer una forma particular como la única posible y legítima de hacer política¹⁴.

En tercer lugar, y de nuevo en estrecha relación, esta reflexión ha provocado una atención mucho más intensa y sistemática a los mecanismos lingüísticos que constituyen las identidades, los discursos y las acciones en competencia. Una competencia, decisiva para la conformación de la experiencia individual de lo político, que toma forma en contextos culturales y a través de lenguajes y narrativas disponibles, que son los que permiten y restringen las expresiones en ese ámbito y construyen no sólo sus objetivos, sino sus propias audiencias; los límites de lo decible e incluso de lo pensable en términos políticos. La reflexión sobre el concepto de «culturas políticas» ha servido en buena medida para explorar —más allá de las diferencias en su formulación o del abuso indiscriminado del término— las formas mediadas de conformación de las experiencias e identidades que actúan en la esfera pública y que buscan apropiarse del poder de definir y decidir. En sus versiones más elaboradas, como ocurre con las propuestas de autores como Keith Baker, James Vernon o Patrice Joyce, la cultura política es la que genera las motivaciones y expectativas de los individuos, la que las hace concebibles, las dota de significado y define los criterios de racionalidad o de interés. Es, en realidad, la primera instancia de análisis de la acción política¹⁵.

¹⁴ Fue fundamental en este sentido el impacto de la obra de Joan SCOTT con textos pioneros para esa reconsideración de lo político como «History in Crisis? The Other's Side of the Story», *American Historical Review*, vol. XCIV, 3 (1989), pp. 680-692. «Por política entiendo no sólo las operaciones formales del gobierno, sino las luchas en torno al poder, en el sentido de Foucault: el poder no sólo como una relación de represión y dominación, sino también como un complejo de relaciones y procesos que producen efectos positivos: consenso social acerca de los significados de la verdad, la hegemonía de ciertos sistemas de conocimiento (la ciencia, por ejemplo, en el siglo XIX), los regímenes disciplinarios y académicos como, por ejemplo, la historia» (pp. 680-681). Un buen balance en Christian DELACROIX: «Acteur», en Christian DELACROIX et al. (ed.): *Historiographies. Concepts et Débats*, t. II, París, Gallimard, 2010, pp. 651-663. Como es lógico, estos movimientos han suscitado incomodidades no sólo desde el punto de vista teórico y metodológico, sino también (y más fundadamente, a mi juicio) ante algunas de las prácticas historiográficas a que pueden dar lugar. Especialmente por lo que se refiere al peligro de que el ensanchamiento de lo político acabe diluyéndolo en un magma más confuso que complejo que anule la precisión analítica y minimice la importancia de las relaciones de poder en torno al Estado.

¹⁵ Para desarrollos de la historiografía española al respecto, Miguel Ángel CABRERA: «Developments in Contemporary Spanish Historiography: From Social His-

Este último planteamiento provoca inmediatamente la cuestión sobre la acción individual y sobre el cambio. Como escribió en su momento Joan Scott, las culturas políticas se desarrollan tácticamente y no lógicamente, improvisan reclamaciones e interpelaciones, incorporan y adaptan ideas diversas a su causa particular. Al concebirlas como *mélanges* de interpretaciones y programas (en lugar de cómo sistemas coherentes y unificados) nos acercamos mucho más a cómo operan y a la red de significados y relaciones que establecen¹⁶. Así, más allá de la discusión sobre su carácter lingüísticamente constitutivo, lo que interesa es evitar su consideración como espacios de significado y acción plenamente integrados, coherentes y delimitados. Si bien es cierto que toda cultura política supone una tradición articulada de símbolos y elementos discursivos estables, consensuados y resistentes al cambio, ninguno de ellos tiene existencia al margen de las prácticas (y los usos del lenguaje) de los individuos que en ellas se reconocen, las ponen en juego, las reproducen, pero también las transforman. Un conflicto que afecta a los diversos colectivos e individuos que, dentro de cada una de ellas, pugnan por apropiarse de los elementos de poder y de autoridad sobre sus miembros. Afecta también al cruce y la hibridación de culturas políticas como producto, en parte, del mismo proceso de su enfrentamiento. En suma, los niveles de coherencia y el juego de lenguajes y prácticas que permite una cultura política determinada es en buena medida un producto de las luchas por el poder no sólo entre culturas diferentes, sino dentro de cada una de ellas.

La cuestión, por tanto, no es sólo que la biografía resulte útil para reintroducir la política en la historia sociocultural, sino que lo hace (o debería hacerlo) en un contexto nuevo de pensamiento sobre las relaciones interindividuales que conforman un campo po-

tory to the New Cultural History», *The Journal of Modern History*, 77 (2005), pp. 988-1023; íd.: «La historia postsocial: más allá del imaginario moderno», en Teresa M.^a ORTEGA LÓPEZ (coord.): *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos años*, Zaragoza, Universidad de Granada-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, e íd.: «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 19-85. Interesa toda esta última obra así como el dossier de *Ayer*, 62 (2006/2), ya citado.

¹⁶ Joan W. SCOTT: *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, pp. 61-62.

lítico, cómo se consolida, se transmuta o disuelve en un momento histórico concreto. Existe todo un camino por recorrer en torno al potencial creativo que tiene la acción de los individuos respecto a los grados de coherencia interna y de conflicto de una cultura política. La forma en que, como ha escrito Keith Baker, sus integrantes juegan en los márgenes, exploran sus posibilidades y amplían el ámbito de sus significados posibles «a medida que persiguen sus propósitos y realizan sus proyectos» en una dinámica que no es ni infinita ni arbitraria, pero que está, al menos potencialmente, siempre abierta¹⁷. Planteamientos que han sido especialmente fructíferos en la renovación de campos de estudio tan diversos como los orígenes de las revoluciones, el fascismo, el nacionalismo o el feminismo.

En España, y en uno de los ámbitos que mejor conozco, los estudios biográficos de los últimos años sobre liberales destacados —algunos más conocidos y otros menos, hombres y también mujeres— han contribuido de manera sustancial a la renovación que ha experimentado la historiografía sobre el liberalismo decimonónico, la reflexión sobre su pluralidad, sus lenguajes en competencia y el cruce de tradiciones que permite ahora considerarlo un fenómeno mucho más vital, más rico y más diverso de lo que una vez se llegó a pensar. Sabemos ahora mucho más sobre los procesos de construcción de *los liberales* en sus múltiples variantes, a través de la familia y la memoria transmitida, del café y las tabernas, de la prensa, de las lecturas en voz alta, de la universidad, de la ciudad o del pueblo, del exilio y de las transferencias continuas en torno a todo ello que cruzaban las fronteras europeas y americanas. Estudios biográficos que, al hilo de aquellas trayectorias particulares, han contribuido a suscitar reflexiones más complejas sobre proble-

¹⁷ Keith M. BAKER: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006/2), pp. 89-110. Véase también, al hilo de un problema más concreto, Ryan Anthony VIEIRA: «Connecting the New Political History with Recent Theories of Temporal Acceleration: Speed, Politics, and the Cultural Imagination of *fin de Siècle* Britain», *History and Theory*, 50 (octubre de 2011), pp. 373-389. Para entender el carácter poroso de las culturas políticas y el cruce entre historia social y política, me ha interesado especialmente la biografía ya clásica de Nick SALVATORE del líder obrero y socialista americano Eugene Debs (1855-1926): *Eugene V. Debs: Citizen and Socialist*, Urbana, University of Illinois Press, 1982, con su análisis de la tensión entre las promesas de la democracia americana y la experiencia cotidiana de las clases populares, la fuerte interpenetración de la cultura y la retórica del renacimiento religioso del protestantismo evangélico del Midwest, el sueño americano y el lenguaje socialista.

mas generales de los historiadores como el de la representatividad y el alcance y los límites del concepto de *pertenencia*¹⁸.

De héroes, personas corrientes y pertenencias. Las encrucijadas del sujeto

«And what is greatness? And what smallness?».

Virginia WOOLF

No hay biografía que interese sin uno o varios problemas (interesantes) que la orienten y la sostengan. Es ahí donde debe anclarse el esfuerzo por explicar la singularidad de una vida individual sin someterla a un relato que la trascienda y anule, pero sin renunciar tampoco a enlazar los destinos personales y las estructuras e instituciones sociales. Resulta aquí especialmente pertinente la advertencia clásica de la microhistoria respecto a que los problemas deben ser generales, y en ocasiones universales, pero que las respuestas que damos y podemos dar los historiadores son siempre particulares y locales.

Lo que ha cambiado (y no es algo menor) es que la historia biográfica busca su legitimación a través de su capacidad para demostrar que el estudio de una trayectoria individual es una manera posible (ni un fin en sí mismo ni un instrumento) para abordar problemas históricos sustanciales e iluminarlos con una luz nueva. En cierto sentido, pues, ya en este primer nivel de reflexión, se podría decir que toda biografía (incluso quizás toda historia) tiene algo de «ejemplar». Esa «ejemplaridad», sin embargo, no se plantea escuetamente en el terreno clásico de la capacidad de un individuo o de un grupo para ser el ejemplo o prototipo de un colectivo, ni mucho menos mediante la utilización de la biografía para confirmar o ilustrar una problemática histórica previamente establecida. Por el con-

¹⁸ Entre otros volúmenes colectivos, Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Liberales, agitadores y conspiradores...*; Javier MORENO LUZÓN: *Progresistas*, Madrid, Taurus, 2006, y Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.): *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2008. Con reflexiones sobre el proceso de construcción de sus biografías y alcanzando el siglo XX, Santos JULIÁ y Jacques MAURICE (eds.): *Biographies politiques, Cahiers de Civilization Espagnole Contemporaine. De 1808 au temps présent*, 8 (2012), *online*.

trario, lo que interesa es el carácter abierto que el estudio de una trayectoria individual confiere a la historia, la forma en que rescata la pluralidad del pasado y permite sondear las posibilidades y los límites de la acción individual a través, precisamente, del análisis cuidadoso de las condiciones en que ésta puede desarrollarse e ilumina tanto las desviaciones como las prácticas habituales. La cuestión, por tanto, «no es si el sujeto es representativo —sea lo que sea lo que esto quiera decir—, sino qué es lo que podemos aprender de una vida específica»¹⁹.

Por ello, y aunque a veces la reflexión no se plantea en estos términos, uno de los primeros problemas de método con los que debería enfrentarse la historia biográfica es el de la noción de sujeto incorporada al relato, tanto del biografiado sobre sí mismo o de la sociedad en que vive como del propio historiador. Concepciones del sujeto —y de la práctica biográfica— que son, en sí mismas, relativas histórica y culturalmente, y que como tal tienen que ser valoradas y analizadas. Los historiadores contemporaneistas, en concreto, deberían estar muy atentos al carácter ambiguo de la propia idea de individuo. Por una parte, el prototipo abstracto de lo humano en tanto que definición básica para la Ilustración y la teoría política moderna. Por otra, un ser único e irrepetible, una persona distinta a todas las demás de su especie²⁰.

En este sentido, no hay que minimizar el peso que siguen teniendo sobre todos nosotros algunas de las asunciones clásicas del llamado «modelo heroico» de biografía y su noción de individuo. Su desestabilización más o menos consecuente e intensa presenta, en todo caso, tres novedades y afecta de forma directa a la práctica de la biografía política. La primera, y a mi juicio más superficial, la expansión de los sujetos posibles que desborda, como ya se ha dicho, a los «grandes personajes». Algo que, en todo caso, no debería entenderse sólo en términos de lo que Barbara Caine llama «la inclusión de la gente corriente», sino como una reflexión más amplia sobre los mecanismos que propician tanto las exclusiones como las inclusiones y que remiten, entre otras cosas, al punto de vista del historiador y a la definición de qué es «lo grande» y qué es «lo pe-

¹⁹ Nick SALVATORE: «Biography and Social History...», p. 197.

²⁰ Joan W. SCOTT: *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 5.

queño» (o «lo común») en el sentido que se cuestionó hace ya tantos años Virginia Woolf²¹.

La crítica al modelo heroico de biografía no conduce entonces, y en segundo lugar, al abandono ingenuo del análisis de las condiciones de aparición y del impacto de los llamados «grandes hombres» (o, en su caso, de «las grandes mujeres»), sino a un tratamiento nuevo que se cuestiona precisamente el problema de «la excepcionalidad significativa» y lo aborda desde la propia construcción social de las categorías de «grandeza» o de «heroicidad». Algo que, a su vez, requiere el análisis de las formas e instituciones de escritura a partir de las cuales constituimos el saber histórico sobre «las vidas» de nuestros personajes; las formas en que esas vidas encuentran la escritura y la reflexión en torno a las relaciones entre los dispositivos de escritura y los dispositivos de poder.

Algunos de los trabajos biográficos que más me han interesado en los últimos años, tan dispares como el *San Louis* de Jacques Le Goff, el *W. B. Yeats* de Roy Foster, el *Giuseppe Garibaldi* de Lucy Riall o el *Alphonse Baudin* de Alain Garrigou, se han construido sobre el fértil terreno que permite esta nueva autorreflexividad. Se coloca así en el centro del análisis la construcción particular de la «grandeza» del personaje, que es, al tiempo, ejercicio individual, consciente o inconsciente, de lo que Stephen Greenblatt denominó en su momento «self-fashioning» y proceso social de «heroización». De esta manera, como escribe Riall, la vida de los «grandes hombres» puede iluminar su tiempo, pero no de la forma directa que una vez imaginamos. Esas nuevas formas exploran, como crucialmente significativo, el talento para la movilización política y la comunicación de Giuseppe Garibaldi y de William Butler Yeats en el contexto de la conformación de una esfera pública dominada por los medios escritos, cuya autoridad política para la construcción de la nación ellos mismos ayudaron a establecer; el juego entre la historia y la memoria de San Luis envuelto en su propio proceso de configuración como rey-santo capaz de redefinir el papel político y simbólico desempeñado por la monarquía en el siglo XIII francés; la leyenda de Alphonse Baudin —y su

²¹ Barbara CAINE: *Biography and History*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 2 y 11-120, y Virginia WOOLF: *The art of Biography. Collected Essays*, edición de Leonard WOOLF, vol. IV, Londres, Chatto and Windus, 1966-1967, pp. 219-242.

famosa frase «¡Ahora veréis cómo se muere por veinticinco francos!»— en la definición del heroísmo cívico para la política democrática de la Francia y la Europa decimonónicas²².

Los problemas se convierten entonces en otros y más interesantes. La cuestión clásica de la relación entre individuo y sociedad puede reformularse en términos de la visión que de su sociedad y de la política de su tiempo tiene un individuo y cómo ésta afecta a la definición de «la gama de los posibles» y a la memoria (memorias) que queda de todo ello. Una pregunta que, en mi experiencia como investigadora, fue convirtiéndose en central según avanzaba en la biografía de Isabel II y trataba de identificar las voces en competencia sobre qué cosa era y debía ser lo político y la realza (constitucional) en el marco de la pugna concreta y cotidiana (también en la contaminación recíproca) entre la corte isabelina y las distintas familias liberales durante el crucial proceso de consolidación de la monarquía posrevolucionaria en España²³.

La distinción entre hechos y ficciones, verdades y mitos, emociones y razón, se convierte así en menos significativa de lo que podría parecer o, quizás, en significativa de otra manera. El problema no se agota señalando las condiciones y los intereses implicados en la autoconstrucción de «un gran personaje» para establecer así una suerte de desmitificación. Lo que interesa fundamentalmente es la constitución narrativa del yo como «personaje», en medio de un coro de voces que pugnan por imponer sus diversas narrativas posibles. Si la conducta heroica —como el carisma— no es un problema individual o singular, sino una conducta social, es necesario analizarla en todas sus dimensiones. Al hacerlo, la cuestión trasciende la memoria, la transmisión (o la impostura) y obliga al análisis de cómo las culturas heroicas o carismáticas no sólo se ali-

²² Jacques LE GOFF: *Saint Louis*, París, Universidad de Notre Dame Press, 2009; Roy F. FOSTER: *W. B. Yeats, A life*, 2 vols., Oxford, Oxford University Press, 1997 y 2003; id.: «Vidas literarias y cuestiones nacionales: el caso de Yeats y el relato sobre Irlanda», en Colin C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.): *El Otro, el Mismo...*, pp. 283-297; Lucy RIAL: *Garibaldi. Invention of a Hero*, New Haven, Yale University Press, 2007; Alain GARRIGOU: *Mourir pour des idées. La vie posthume d'Alphonse Baudin. Biographie*, París, Les Belles Lettres, 2010, y Stephen GREENBLAT: *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, Chicago University Press, 1986. Su propuesta se debe extender desde su aplicación inicial al hombre del Renacimiento.

²³ Isabel BURDIEL: *Isabel II. Una biografía*, Madrid, Taurus, 2010.

mentan de relatos, sino de «conductas heroicas»; de «héroes» modelados y hechos posibles en un proceso de doble dirección que requiere un análisis complejo de las disposiciones que lo engendran y de las acciones que lo perpetúan o modifican. Así, el heroísmo de Baudin o de Garibaldi se conforma y conforma a su vez narrativas de larga duración sobre el valor y la hombría en la definición de la política democrática y de la nueva patria. La historia de la muerte del primero y «la vida tempestuosa del segundo» son de ese tipo de relatos que han contribuido a forjar la figura del héroe cívico decimonónico y, más en extenso, la propia «Era de los Héroes», con sus convicciones sobre la naturaleza de la historia y el papel de los «grandes hombres» en ella²⁴.

En todos los casos que he apuntado hasta aquí, y en muchos otros que es imposible detallar, los historiadores implicados se han preguntado en algún momento de su empresa: ¿quién era en realidad?, ¿qué hay detrás de su escritura y de su memoria? Entre ese coro de voces, ¿existe un verdadero San Luis, un verdadero Garibaldi, Yeats, Baudin o Isabel II? Las respuestas son variadas en rotundidad pero todas ellas parecen coincidir con la formulación, minimalista tan sólo en apariencia, de Lucy Rial: «Nunca seremos capaces de recuperar completamente la vida de Garibaldi pero sí podemos seguir intentando comprender mejor su significación histórica»²⁵. Como escribió en su momento Hannah Arendt, cualquier respuesta adecuada sobre el «quién» requiere trascender la dicotomía entre objetividad y subjetividad en tanto que ese *quién* ni es una intención controlada ni una posición objetiva. Es, ante todo, una expresión en público que forma parte de «el flujo vivo de la acción»²⁶. Es algo, por tanto, que no está dado de una vez y

²⁴ Las posibilidades abiertas por este tipo de estudios y los enfoques son muy variados. Me ha interesado especialmente el número monográfico del *European History Quarterly* editado por Robert GERWARTH: *Hero Cults and the Politics of the Past: Comparative European Perspectives*, vol. XXXIX, 3 (2009). Véase también Patrice GUENNIFEY: «A modern Hero. Bonaparte and the Culture of Heroism», en *Unforseen lives? Writing biographies beyond the «exceptionals» and the «normal»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013, así como su reciente *Bonaparte*, París, Gallimard, 2013, y Edward BERENSON y Eva GILOI: *Constructing Charisma. Celebrity, Fame, and Power in Nineteenth-Century Europe*, Nueva York, Berghahn Books, 2010.

²⁵ Lucy RIAL: «The Shallow End of History?...», p. 394.

²⁶ Para una visión global véanse sus *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2008 (1.ª ed. en inglés, 1965), y Renata TORRES SCHITTINO: «A escrita

para siempre, sino que es un proceso en construcción de carácter profundamente relacional que desborda la dicotomía entre lo individual y lo colectivo.

El carácter mucho más complejo y fragmentado de un yo que «se desempeña» en sus círculos de relación y entre los lenguajes disponibles (y en conflicto) de su entorno y de su época es ya un tópico de la historiografía impregnada por la reflexión posestructuralista. Más difícil es trasladar esa reflexión a la práctica biográfica y explorar el significado de esas múltiples voces que pugnan por hacerse oír (o silenciarse y esconderse) en diversos espacios y a lo largo del tiempo, manifestando las demandas y opciones de diferentes escenarios, la variedad de formas en que otros tratan de representar a una persona, los procesos de interiorización y el esfuerzo por identificarse o distanciar de las normas e identidades que éstas imponen. Algo que, a mi juicio, no obliga a renunciar a la viabilidad y potencial analítico de un yo discreto, de una cierta continuidad o continuidades selectivas a lo largo de una trayectoria vital que, aunque con múltiples tensiones, elecciones y rupturas, empuja al sujeto (o potencialmente puede hacerlo) hacia la unidad y la coherencia, lo cual, por cierto, ayuda a explicar la transgresión de las convenciones de identidad y la alteración sustancial de los resultados previsible.

da história e os ensayos biográficos em Hannah Arendt», *História da Historiografia*, 9 (agosto de 2012), pp. 38-56. No puedo entrar en toda la reflexión suscitada sobre los nuevos sujetos de la historia que tratarán otros autores de este volumen. Para una discusión sobre este tema, la cuestión del punto de vista del historiador y las estrategias argumentativas, Jil LÉPORE: «Historians Who Love Too Much: Reflections on Microhistory and Biography», *The Journal of American History*, vol. LXXXVIII, 1 (2001), pp. 129-144. Más en general, Yveline LÉVY-PIARROUX: «L'autre de l'historien», *EspacesTemps*, 59-60-61 (1995), pp. 47-55, y Sabina LORIGA: «Le moi de l'historien», *Historia da historiografia*, 10 (2012), pp. 260-272, y dos reflexiones muy distintas sobre casos prácticos igualmente muy diferentes, Robert GERWARTH: «Cold Empathy: Challenges in Writing a life of Reinhard Heydrich», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012, y Juan PRO: «Cómo escribir la vida de la condesa de Merlin», en *Unforeseen lives? Writing biographies beyond the «exceptionals» and the «normals»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013. Para la atención a «las vidas oscuras» y su contribución a los estudios biográficos, James AMELANG: «Counting Chickens: Richard Smyth, Miquel Parets and the small spaces of biography», en *Unforeseen lives? Writing biographies beyond the «exceptionals» and the «normals»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013.

En todo caso, no existe nada que sea un marco rígido, coherente, un telón de fondo que permita comprender de forma lineal y necesaria la trayectoria individual y reconducir de alguna forma sus especificidades a las normas o a su transgresión. Lo que llamamos *contextos*, con sus interpelaciones de identidad, son algo activo y potencialmente múltiple, pueden cruzarse entre sí y están definidos por sus relaciones de poder internas y externas. Por ello, cada individuo es siempre (aunque con mayor o menor complejidad según los casos) un híbrido y una encrucijada de redes de poder, de relación y de posibilidades. Como recuerda Sabina Loriga, siguiendo a Wilhelm Dilthey y también a Siegfried Kracauer, el mundo histórico no es comprensible (o no sólo) en términos de *pertenencia*, propiedad, apropiación o asimilación, porque el medio no es coherente y autosuficiente. Es una frágil mezcla de esfuerzos cambiantes y en contraste. Cada época, además, contiene en sí misma un conglomerado de tendencias y posibilidades temporales, frecuentemente en conflicto. No existe, por tanto, algo que pueda ser asumido de forma natural como «este individuo y su época o su tiempo». No hay un contexto, sino varios; no hay un tiempo, sino varios tiempos. La posibilidad de no pertenecer, la extraterritorialidad, es una posibilidad fundamental de la vida humana como lo es la de sucumbir o abrazar la irreversibilidad de pertenencias consideradas (autonarradas) como esenciales e insuperables²⁷.

Lo interesante, lo crucialmente interesante a mi juicio, es la necesidad de acostumbrarnos a lidiar con lo que constituye la tensión constante, constitutiva, de la biografía y de la historia. Un individuo no puede explicar completamente un grupo, una comunidad o una institución, y viceversa, un grupo, una comunidad o una institución no puede explicar completamente a un individuo²⁸. Hay una interdependencia recíproca, pero ésta no es ni lineal ni univalente,

²⁷ Sabina LORIGA: «Écriture biographique et écriture de l'histoire...», y, sobre todo, id.: «Biographies parallèles: Rahel Varngahen de Hannah Arendt et Jacques Offenbach de Siegfried Kracauer», en *Biography as a Problem: New Perspectives*, III Encuentro de la European Network on the Theory and Practice of Biography (ENTPB), Florencia, European University Institute, 25-26 de febrero de 2011, y Siegfried KRACAUER: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010, esp. pp. 106-109 y 173-194.

²⁸ Sabina LORIGA: «Écriture biographique et écriture de l'histoire...», p. 15. Un ejemplo excelente, M.^a Jesús GONZÁLEZ: *Raymond Carr. La curiosidad del zorro*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2010.

ni fijada de una vez y para siempre. En el vértigo de la contextualización infinita, de la disparidad inagotable, del cruce entre las categorías del pasado y las que hoy construimos, se encuentra precisamente la pasión de la biografía y de la historia.

No existe, por tanto, contradicción, sino más bien todo lo contrario, entre la búsqueda de acceso a la subjetividad de las personas que estudiamos y el análisis de los actos de comunicación, de los espacios de habla y autorrepresentación que se producen y se conquistan (o no) en esa conversación múltiple con su entorno que cada individuo establece desde su nacimiento. Una conversación que abarca también al historiador que quiere escribir la biografía de ese individuo. En este terreno, la atracción que la historia biográfica puede ejercer sobre los historiadores (políticos o no) tiene mucho que ver con el interés por trascender las políticas de identidad sin renunciar a sus categorías más útiles, revelando las formas en que los sujetos asumen, descartar, reconfiguran, mezclan múltiples identidades y papeles socialmente asignados dentro un campo de «posibilidades estratégicas», de «gama de los posibles», más o menos limitado o consciente. La biografía entonces puede tener saludables efectos para recordar que los individuos están «situados», pero no necesariamente prisioneros o ciegos, dentro de estructuras sociales o discursivas. Joan Scott, precisamente en sus obras consideradas más radicalmente poshumanistas y menos comprendidas, ha demostrado una vez más la importancia que tiene la reflexión crítica al respecto para el análisis de los movimientos políticos, en concreto del feminismo decimonónico, a través de la exploración de sus mecanismos de identificación colectiva y retrospectiva, de sus prácticas de sutura de la discontinuidad entre mujeres con experiencias y proyectos notablemente diferentes²⁹.

Es quizás en esos espacios de sutura de la discontinuidad donde se ventilan los proyectos de libertad e identidad que merece la pena rescatar. De la misma manera que es en la búsqueda de mecanismos para trascender las distinciones radicales entre «posiciones» y «prácticas» donde hay que explorar la pertinencia, o no, de la evidencia biográfica disponible, cómo distinguirla y cómo

²⁹ Joan W. SCOTT: *Only Paradoxes to Offer...*, e íd.: «El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad», *Ayer*, 62 (2006/2), pp. 111-138. De hecho, a mi juicio, allí donde Scott parece más determinista es donde más celebra las posibilidades de libertad individual.

tratarla. Es ahí donde hay que explicitar y justificar los criterios que utilizamos para evaluar el peso de cada uno de «los marcadores de identidad» que podemos seleccionar y su relación con acontecimientos o procesos históricos, acciones y relaciones que consideramos significativos. De hecho, la biografía (y, en concreto, la biografía interesada en la acción política) constituye una buena forma de aproximación a las prácticas cotidianas o extraordinarias que generan cambios en los sistemas y en las instituciones, los hacen históricamente visibles y cuestionables e introducen diferencias no sólo en las relaciones de poder, sino en las categorías culturales que las definen en un momento o contexto dados. Puede intentarse así no sólo en la teoría, sino en la escritura, un doble distanciamiento necesario: respecto a las naturalizaciones excesivas de los acontecimientos, los procesos y los individuos en la historia social y política, pero también de aquellas formas de determinismo discursivo que ahogan la búsqueda de espacios individuales de habla, acción y autorrepresentación.

Por ello, la renovación de la biografía política no debería plantearse sólo, en un sentido profundo, en términos de si sus personajes son o no «grandes hombres» —los héroes del modelo clásico— o sujetos más o menos anónimos y «no poderosos» en el sentido convencional. La cuestión es más compleja porque lo que está en juego no es el *quién*, sino el *cómo*. Lo ha advertido también Joan Scott al cuestionar algunas posturas demasiado ingenuas al respecto: «La historia no se descentra simplemente porque se otorgue visibilidad a los que hasta ahora han estado ocultos o en sus márgenes. Los relatos, a veces incluso de los poderosos, revelan la complejidad de la experiencia humana, hasta el punto de que impugnan las categorías con las que estamos acostumbrados a pensar el mundo». Atender a esos relatos, a sus «categorías indígenas» —ahora en palabras de Natalie Zemon Davis—, es la condición misma de la historia biográfica más allá de que se trate con «héroes» o con «gente corriente». Son sus historias, lo que cuentan y cómo lo cuentan, lo que nos permite otorgar a la gente del pasado capacidad de acción y reconocer sus elecciones. Es lo que permite «implicarse con la novedad de lo viejo, la extrañeza de lo nuevo o la irreductible diferencia del otro» frente a la insistencia en «lo similar, la confortable familiaridad de lo ya conocido». Es la combinación de «formar parte» de algo universal y el reconocimiento de

lo particular lo que nos hace humanos, lo que nos alarga para alcanzar el pasado, «porque la diferencia es la base de nuestra común humanidad»³⁰.

Juegos de esferas. Juegos de escalas

«To avoid trivia but to look for the significance of the trivial».

Samuel Johnson

Durante buena parte de los siglos XIX y XX, la biografía política prestó escasa o nula atención a la esfera privada por varias razones conocidas. Entre ellas, una concepción del yo y de la dicotomía público/privado que cancelaba las preguntas (y las fuentes) al respecto y que conducía a considerar que la actividad pública en la economía, la guerra o la política era la parte más valiosa e interesante de una vida que mereciese ser estudiada. Lo que Jacques Rancière ha denominado «la vida muda», los actos cotidianos, *privados*, sin calidad de grandes acciones, pero que son en sí mismos profundamente significativos —como, por ejemplo, «la muerte natural» de Guillermo el Mariscal, tal y como la estudió DUBY—, quedaban ocultos tras una cortina de pudor o de desinterés³¹.

Sin embargo, en una biografía atenta a las preguntas que antes formulaba, privilegiar la escena significativa sobre el encadenamiento lineal de las acciones no significa, sino más bien todo lo contrario, abandonar el terreno tipificado como privado y aparentemente mudo. Supone un reto para la biografía política, en la medida en que se constituye como exactamente lo opuesto al sensacionalismo, al interés morboso por lo íntimo y lo secreto, al psicologismo banal de lo que Joyce Carol Oates ha denominado «patografía»³².

³⁰ Joan W. SCOTT: «Storytelling», *History and Theory*, 50 (2011), pp. 208-209, y el número completo de homenaje a Natalie Zemon Davis de esta última revista, así como el coordinado por Mary NASH: *Historia Social*, 75 (2013), pp. 63-188. También Nicolas OFFENSTADT: «Pratique/Pratiques», en Christian DELACROIX *et al.* (eds.): *Historiographies...*, pp. 843-852.

³¹ Jacques RANCIÈRE: «Le biographique», Conferencia pronunciada en Valencia el 2 de octubre de 1997, y George DUBY: *Guillermo el Mariscal*, Madrid, Alianza, 1997 (1.ª ed., 1984).

³² Citado en Susan WARE: «Writing Women's Lives: One Historian's Perspective», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010), pp. 413-435 (cita en

No se trata tampoco, y esto es si cabe más crucial, de que la biografía, al situarse en la intersección entre la esfera pública y la privada, permita «conferir un mayor componente de “verdad” a la escritura histórica o, si se quiere, de cercanía a la “realidad” pasada»³³. Tanto si se utilizan comillas para «verdad» y «realidad» como si no se hace, creo que es un error creer que en el ámbito de lo privado se encuentran mayores dosis de una u otra. Un error que es producto, precisamente, de la potencia de las antinomias que fueron conformando la noción moderna de individuo (al menos en las sociedades occidentales), con su énfasis en el ámbito de lo privado como el más cercano a la naturaleza, el dominio de la pura humanidad, la fuente última del yo³⁴.

Como recuerda, por ejemplo, Anthony La Vopa, es necesario recordar que todas las trazas documentales que le quedan al biógrafo, incluso las más íntimas, son retóricas³⁵. La diferencia entre las privadas y las públicas reside en el tipo de retórica utilizado, pero ambas están embebidas en las narrativas disponibles y en los códigos de una cultura respecto a esa misma distinción. La idea de que es posible despojarse del «ser social» y ser único, puro, individual, transparente en el ámbito de lo privado, es en sí mismo un código cultural y, más concreta y distintivamente, un código cultural romántico. Contra una tentación naturalista (o romántica) recurrente en el tratamiento de las fuentes privadas en el análisis biográfico es necesario recordar que el conocimiento que un individuo tiene de sus propios propósitos, el significado que atribuye a

p. 418). Tan sólo en este sentido comparto la afirmación de Birgitte POSSING de que la biografía histórica se distancia del interés de la biografía popular por lo privado, en «Biography: Historical...», pp. 12-13.

³³ Como sostienen Xosé M. NÚÑEZ y Fernando MOLINA: «Identidad nacional, heterodoxia y biografía», en *id.*: *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, p. 17.

³⁴ Introducciones clásicas al problema son las de Helena BÉJAR: *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1988, y Charles TAYLOR: *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996. Es muy útil la reflexión de Roger CHARTIER al respecto, cruzando las propuestas de J. Habermas, R. Koselleck y P. Bourdieu: «Privado/Público: reflexiones historiográficas sobre una dicotomía», *Pasajes*, 9 (2002), pp. 63-73.

³⁵ Anthony J. LA VOPA: *Fichte. The Self and the Calling of Philosophy, 1762-1799*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, e *id.*: «Doing Fichte. Reflections of a sobered (but unrepentant) Contextual Biographer», en Hans Erich BÖDEKER (ed.): *Biographie schreiben...*, pp. 107-171, esp. p. 150.

su vida y las formas de percibir su propia identidad son también, como el del biógrafo, básicamente interpretativos. Sigo creyendo que «no existe, por tanto, una autoridad última capaz de constituirse en incontestable respecto a la identidad, la experiencia, la intención o el significado de una vida individual. Ni siquiera tiene esa autoridad aquel que vive e interpreta su propia existencia, por muy consciente y acabadamente que llegue a hacerlo»³⁶.

La autopercepción construida en torno a la metáfora de *dentro* y *fuera* (privado y público) no es, sin embargo, irrelevante. Tiene una fuerza poderosísima en la conciencia de sí de los sujetos históricos en sociedades, contextos y tiempos históricos particulares. Cuando así ocurre no basta con cuestionar su «carácter artificial», sino que hay que analizar para cada caso el diálogo continuo de interpretaciones que operan social/individualmente al respecto, así como sus formas de cambio histórico. Lo interesante para la biografía en general, y para la biografía política en particular, es el cruce constante de planos de significación y resignificación de las experiencias de identidad que permite el cruce de esferas en la percepción del mundo histórico. Por una parte, porque al hacerlo se refuerza la reevaluación de la naturaleza del poder a que aludía más arriba, descentrándolo respecto a una concepción puramente pública, institucionalizada, del mismo. Por otra, porque permite colocar en perspectiva o foco político las relaciones entre lo privado y lo público, suscitar preguntas respecto a cómo opera esa distinción y trascender el paradigma de las esferas separadas, sin olvidar la pertinencia que éste tiene para la percepción y la actuación de muchos individuos. Finalmente, y subsumiendo todo lo anterior, porque permite el análisis histórico y contextual de las diversas situaciones culturales, sociales o políticas en las que la fractura entre lo público y lo privado opera abiertamente, es difícil de establecer o resulta inoperante.

Un planteamiento de este tipo facilita, por ejemplo, y en situaciones históricas concretas, discutir las maneras diversas, posibles y peculiares de involucrarse en la esfera pública y de ensanchar el ámbito de lo político por parte de los excluidos de ella, notablemente de las mujeres, pero no sólo ellas. Estudios como los de Mónica Burguera y M.^a Cruz Romeo sobre la condesa de Espoz

³⁶ Isabel BURDIEL: «La Dama de Blanco...», pp. 26 y 42-43.

y Mina, o de esta última sobre Concepción Arenal, así como los de Susan Grogan sobre Flora Tristán, entre otros, analizan las estrategias de autorrepresentación «adecuadas» al activismo en la esfera pública por parte de estas mujeres y la fuerte implicación política de representaciones del yo aparentemente ancladas en virtudes privadas y estereotipadamente feminizadas³⁷. En un sentido coincidente, Lucy Riall en su trabajo sobre Massimo d'Azeglio y sus hermanos aborda el carácter fluctuante de lo público y lo privado en la política del Risorgimento, las formas de representación pública de la esfera privada ligada a la familia, las maneras en que las mujeres podían intervenir activamente en política a través de las redes familiares, así como las estrategias de preservación de un ámbito íntimo de relaciones emocionales que no era exclusivamente femenino³⁸.

De la misma forma, María Sierra en sus trabajos sobre el poeta y político Gabriel García Tassara y sobre Bretón de los Herreros, o Anthony La Vopa en su ya clásica biografía de Fichte analizan la implicación de valores asociados a las emociones y a la masculinidad (romántica) en la construcción de la esfera liberal, desde los círculos literarios o periodísticos hasta el Parlamento, pasando por

³⁷ M.^a Cruz ROMEO: «Juana María de la Vega, condesa de Espoz y Mina (1805-1872): por amor al esposo, por amor a la patria», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Liberales, agitadores y conspiradores...*, pp. 209-238; *id.*: «Concepción Arenal: reformar la sociedad desde los márgenes», en Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.): *Liberales eminentes...*, pp. 213-243; Mónica BURGUERA: «Performing Middle-Class Womanhood in 19th Century Spain: The Memoirs of Juana de Vega, countess of Espoz y Mina», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012, y Susan GROGAN: «“Playing the Princess”: Flora Tristan, Performance, and Female Moral Authority During the July Monarchy», en Jo Burr MARGADANT: *The New Biography. Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, University of California Press, 2000, pp. 72-98. Los estudios sobre Marguerite Durand o Nelly Roussel en la misma obra abundan en el análisis de las diversas estrategias de representación respetable en la esfera pública. Es excelente al respecto la obra colectiva coordinada por Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO y M.^a Cruz ROMEO: *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009.

³⁸ Lucy RIALL: «Massimo d'Azeglio and his Brothers», y Carolina BLUTRACH: «Court Society and Family Memory: Reframing the Life and Work of Count Fernán Núñez, 1644-1721», ambos en *Unforeseen lives? Writing biographies beyond the «exceptional» and the «normal»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013.

las relaciones de amistad, familiares o amorosas. Se abren así campos de análisis poco transitados hasta el momento como la forma en que los sentimientos y las emociones se constituyen en referencias decisivas para la acción política, las posibilidades de desestabilización de los roles de género hegemónicos o la reformulación de «la hombría» como gran idea moral reguladora del liberalismo —que he podido observar en trayectorias supuestamente tan neutras al respecto y tan diferentes como las de Salustiano de Olózaga o Juan Donoso Cortés—³⁹.

Todo ello remite, además, a una de las múltiples decisiones que debe tomar el historiador biógrafo. ¿Quiere o debe, en función de los problemas históricos que se plantea, integrar o no materiales y espacios de experiencia tipificados históricamente como privados en su análisis de la acción política? Creo que en este aspecto hay que evitar las posiciones maximalistas en una u otra dirección y atender a variables concretas de análisis. Hay un primer plano, aparentemente obvio, relativo a la cantidad y calidad de la documentación con que se cuenta. Aquí los silencios y las lagunas pueden ser tan elocuentes como lo contrario. ¿Qué dice de sí —además de sobre otros azares documentales y situaciones sociales diversas— un personaje que deja rastro de su vida llamada *privada* y otro que no lo hace?

Juan Pro, en su biografía de Bravo Murillo, no sólo se enfrenta en este aspecto a la falta de documentación, sino que aborda la cuestión teniendo muy presente que para su personaje, como para muchos otros hombres públicos decimonónicos, se entendía como una virtud esencial y constitutiva de identidad la estricta separación y la absoluta discreción sobre lo que se concebía entonces como *vida privada*. Un planteamiento que, a su vez, permite vislumbrar la

³⁹ María SIERRA: «Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)», *Historia y Política*, 27 (enero-junio de 2012), pp. 203-226, e íd.: *Género y emociones en el Romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013, donde se discute ampliamente la bibliografía actual en torno a la historia de las emociones, en especial las propuestas de William Reddy y Barbara Rosenwin. Omito, por tanto, las citas y remito también a Jan PLAMER: «The history of emotions: An interview with William Reddy, Barbara Rosenwin, and Peter Stearns», *History and Theory*, 49 (mayo de 2010), pp. 237-265; Anthony LA VOPA: *Fichte...*, e Isabel BURDIEL: «Salustiano de Ózaga: la res más brava del progresismo», en Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.): *Liberales eminentes...*, pp. 77-124.

potencia alcanzada por una concepción de la política, o más exactamente de sus discursos de legitimación durante buena parte del siglo XIX hasta la actualidad, como una forma de acción que trasciende (debe trascender) al individuo y que se ennoblece (retóricamente) por el sacrificio de la vida personal, individual, a los bienes y objetivos colectivos⁴⁰.

La historiadora finlandesa Irma Sulkunen ha explorado esa cuestión más a fondo cuando ha advertido las diferencias fundamentales entre qué cosa consideraban su «yo íntimo» mujeres de clase media y activistas políticas finlandesas de la primera mitad del siglo XX. Mientras las primeras fundaban su identidad en el ámbito privado, las segundas buscaban presentarse —incluso en su documentación más personal— como personalidades eminentemente públicas y políticas⁴¹. Así, en un caso no tan singular, la activista negra Ella Baker insistió en que quería ser juzgada exclusivamente por su papel político y rechazó en repetidas ocasiones que éste tuviese absolutamente nada que ver con su vida privada⁴². En las antípodas de ese planteamiento se encontrarían aquellos otros activistas (historiadores o no) relacionados con la llamada «queer history» que convierten la visibilidad de sus opciones sexuales y de relación personales, sus «historias de vida íntima», en forma primera de acción política⁴³. Roy Foster, en su estudio de la generación revolucionaria y nacionalista irlandesa de finales del siglo XIX y primeras

⁴⁰ Juan PRO: *Bravo Murillo: política de orden en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2006. Para esa concepción de la política, Alain GARRIGOU: *Mourir pour des idées...*, esp. pp. 219-20. Para las paradojas al respecto en el seno del liberalismo posrevolucionario *versus* el planteamiento democrático encontré muy útiles en su momento algunas páginas de Lucien JANUME: *L'individu effacé, ou la paradoxe du libéralisme français*, París, Fayard, 1997, esp. pp. 281-350.

⁴¹ Irma SULKUNEN: «Characterization, Collective Phenomena and Methodology of Biographical Research», *Metodología. La biografía histórica. Sección Cronológica*, vol. II de *Actas del XVII Congreso de Ciencias Históricas*, Madrid, Comité Internacional de Ciencias Históricas, 1992, pp. 2325-2336, e ID.: «Suffrage, Gender and Citizenship in Finland. A Comparative Perspective», *NORDEUROPAforum*, 1 (2007), pp. 27-39.

⁴² Citada por Susan WARE: «Writing Women Lives...», p. 435.

⁴³ Una útil valoración crítica de la bibliografía y de las opciones biográficas al respecto en David S. CHURCHILL: «Paul Goodman and the Biography of Sexual Modernity», y Stephen BOOKE: «Subjects of Interest: Biography, Politics and Gender History», *Journal of the Canadian Historical Association*, vol. XXI, 2 (2009), pp. 47-60 y 21-28.

décadas del xx, ha analizado la forma en que la acción política antiimperial tenía también una fuerte connotación liberadora, antiautoritaria y antipatriarcal en el ámbito privado, más allá de que los propios protagonistas colaborasen *después* en borrar sus huellas y en tender un velo de silencio conservador y eclesiástico sobre los «santos» y «santas» de la nueva Irlanda⁴⁴.

Por supuesto, un historiador biógrafo no tiene por qué aceptar las indicaciones en uno u otro sentido de sus biografiados o de aquellos que tuvieron la capacidad de controlar sus rastros documentales y su memoria. Lo que debería hacer, en todo caso, es argumentar la pertinencia o no de integrar aspectos formalmente tipificados como privados en el análisis que propone y para los problemas que quiere abordar. Santos Juliá, por ejemplo, en su biografía de Manuel Azaña, ha adoptado con firmeza una postura contraria a esa pertinencia al afirmar que nada en la biografía más personal y en la vida privada del último presidente de la Segunda República española (su infancia huérfana, sus sentimientos y emociones, sus relaciones sexuales o amistosas) puede arrojar luz relevante, y menos aún necesaria, sobre su acción y su pensamiento políticos. «Azaña es su palabra. Todo el misterio reside ahí. No hay otro Azaña que el político». Si algo hubiera que analizar sería la forma en que las diversas narrativas, especialmente denigratorias sobre su vida privada y su carácter, afectaron a su reputación y tuvieron importancia como elementos activos del combate político en los años de su estancia en el poder y mucho después durante el franquismo y hasta la actualidad⁴⁵.

No se trataría, por tanto, de la vida privada en sí misma, sino de su representación pública como tal y como parte del combate político lo que debe ser objeto de valoración. Una cuestión que, por otra parte, suscita una reflexión y una serie de decisiones de dimensión ética en las que no puedo entrar aquí, pero que considero que necesitan advertirse como dilemas relevantes para el bió-

⁴⁴ Roy FOSTER: «Privates Lives and Posthumous reputations: Love and Affection among the Irish Revolutionary generation, 1890-1916», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012.

⁴⁵ Santos JULIÁ: «Biography vs Stereotypes: The case of Manuel Azaña», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012, e íd.: *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*, Madrid, Taurus, 2008.

grafo, constituido en árbitro de lo que puede y debe saberse de un individuo a todos los efectos indefenso. La decisión al respecto fue fundamental en mi experiencia como biógrafa de Isabel II y de su entorno. En la medida en que el problema histórico que guiaba el trabajo era el papel de la monarquía isabelina en el proceso de asentamiento del régimen liberal en España, el análisis de la constante utilización política de la vida privada de la reina dejaba de ser una opción para convertirse en una necesidad. Primero, y (aunque no lo parezca) más superficial, porque la vida amorosa de la reina afectó a su manera de hacer política y a las influencias que actuaron sobre ella y a través de ella. Segundo, porque al llevar a la esfera pública la vida privada de Isabel II, los liberales estaban intentando apropiarse políticamente de la institución y sujetar a la monarquía a sus valores no sólo políticos, sino sociales y morales. Tercero, y en estrecha relación, porque la imagen proyectada de la reina formaba parte de los discursos en competencia sobre cuál habría de ser el comportamiento adecuado para las mujeres respetables de la burguesía liberal frente a la «degradación moral» de las formas de vida aristocráticas, cuya representación máxima era la corte isabelina⁴⁶.

El rancio género de las biografías de reyes y, en general, los estudios sobre las monarquía decimonónicas han experimentado, al hilo de este tipo de reflexiones, una renovación sustancial. Como ha señalado, entre otros, Henk Te Velde, tan sólo una concepción muy limitada de «lo político» permite argumentar que los valores y actuaciones requeridas del poder (y de las diversas oposiciones a ese poder) en aspectos sustanciales de la representación *pública* de la vida *privada* de los monarcas deben ser considerados como «simplemente simbólicos», no envueltos y actuantes en el conflicto político en torno al poder monárquico⁴⁷. Este planteamiento ha per-

⁴⁶ Isabel BURDIEL: *Isabel II...*, e ID.: *El descenso de los reyes y la nación moral. A propósito de «Los Borbones en Pelota»*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012, pp. 7-74. Para la discusión sobre los modelos de feminidad actuantes en la época, Mónica BOLUFER y Mónica BURGUERA (eds.): *Género y modernidad en España: de la Ilustración al liberalismo*, *Ayer*, 78 (2010/2), pp. 13-168, y Mónica BURGUERA: *Las damas del liberalismo respetable...*

⁴⁷ Henk TE VELDE: «Cannadine, Twenty Years on. Monarchy and Political Culture in Nineteenth-Century Britain and the Netherlands», en Jeroen DEPLOIGE (ed.): *Mystifying the Monarch: Studies on Discourse, Power and History*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2007, pp. 193-203.

mitido avanzar respecto a los trabajos centrados en las grandes representaciones públicas —los estudios clásicos sobre las llamadas «performing monarchies»— para integrar el análisis de trayectorias individuales de amplia proyección pública y política en las que las relaciones entre privado y público, intimidad y representación, son siempre inestables y tienen relaciones muy paradójicas respecto a la representación del poder y al poder mismo⁴⁸.

La idea de explorar las relaciones entre el universo moral de la experiencia privada de los súbditos y la formulación de críticas políticas al sistema descentra las nociones clásicas del poder y sus fuentes de legitimidad, las relaciones entre «alta política» y «política popular», entre lo «macro» y lo «micro», así como las propias fronteras estatales en un fenómeno de carácter transnacional que, como tal, tiene que ser explorado. Desde ahí también creo que la historia biográfica puede contribuir sustancialmente a cambiar nuestra perspectiva de lo que constituye el conflicto político y abrir horizontes nuevos de análisis histórico al respecto⁴⁹.

La compleja interacción entre esferas y escalas de experiencia y análisis, entre discursos doctrinales, valores culturales, prácticas políticas y sociales, ha sido por ello útil también para la renovación de los estudios sobre el nacionalismo y los procesos de nacionalización. En ese ámbito, y contra pronósticos demasiado apresurados, el impacto del giro cultural ha propiciado una atención especial a las relaciones entre individuo y nación, al papel de la subjetividad y de las historias personales en el relato (relatos) de la nación y en sus quiebras posibles. Existe ahí un amplio margen para que la historia biográfica permita abordar la pluralidad de los marcos de iden-

⁴⁸ Una discusión respecto al potencial de los estudios sobre las «performing monarchies» en Javier MORENO LUZÓN: «The Crown and the Nation: Studying Alfonso XIII of Spain», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012.

⁴⁹ Los ejemplos empiezan a abundar al hilo de propuestas de este tipo que, no por casualidad, tienen especial incidencia en el estudio de las relaciones entre las mujeres y la soberanía real. Véase Louise Olga FRADENBURG (ed.): *Women and Sovereignty*, Edimburgo, Edimburg University Press, 1992, e Isabel BURDIEL: *El descenso de los reyes...*, esp. pp. 16-42. Para un periodo muy anterior me parece extraordinariamente innovadora Bethany ARAM: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, Marcial Pons, 2001, y Jo Burr MARGADANT: «The duchesse de Berry and Royalist Political Culture in Postrevolutionary France», en Jo Burr MARGADANT (ed.): *The New Biography...*, pp. 33-71.

tividad y de narraciones del yo a menudo en conflicto que interpe-
lan de forma potencialmente diversa a los individuos y cuestionan,
a mi juicio, las interpretaciones demasiado deterministas y unidi-
reccionales de los procesos de nacionalización. El cruce de esferas
que favorece la aproximación biográfica permite además concretar,
más allá de las abstracciones al uso, el papel creativo y activador del
conflicto político y las formas posibles de articulación de la acción
del Estado y de la sociedad civil en la línea más fructífera de los es-
tudios al respecto⁵⁰.

Un potencial similar puede observarse en otro campo de estu-
dios especialmente dinámico en la última década, el los llamados
estudios imperiales, donde lo biográfico ha encontrado un lugar in-
terésante de desarrollo a través de los cruces que acabo de seña-
lar⁵¹. Así, en un ejemplo destacado, Emma Rothschild argumenta
convincientemente, a través de la familia escocesa de los Johnstone,
que la experiencia imperial era indistintamente pública y privada,
económica y política, y que todo ello determinaba sus actuaciones,
sus estrategias y la propia conformación del Imperio británico en
América y Asia durante el siglo XVIII. Diferentes tipos de conoci-
miento público y privado, personal, financiero y político, estaban
mezclados en sus opciones y empresas; en la información que ma-

⁵⁰ Véase, en este sentido, Xosé M. NÚÑEZ y Fernando MOLINA (eds.): *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, y el dossier coordinado por Alejandro QUIROGA y Ferran ARCHILÉS (eds.): *La nacionalización en España, Ayer*, 90 (2013/2), en especial el artículo de Fernando MOLINA: «La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional», pp. 39-63. Del mismo autor la biografía, saludablemente auto-reflexiva, de Mario Onaindía (1948-2003). *Biografía patria*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012. No es una biografía, pero contiene elementos interesantes para el debate al respecto, la obra de Ferran ARCHILÉS: *Una singularitat amarga. Joan Fuster i el relat de la identitat valenciana*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2012, e íd.: «Lenguajes de nación. Las “experiencias de nación” y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate», *La nacionalización en España, Ayer*, 90 (2013/2), pp. 91-114. Una compilación reciente que enlaza con el tema del carisma aludido más arriba en Vivian IBRAHIM y Margit WUNSCH: *Political Leadership, Nations and Charisma*, Londres, Routledge, 2012.

⁵¹ El mejor balance que conozco desde la perspectiva contemporánea es el de Anacleto PONS: «De los detalles al todo: historia cultural y biografías globales», *Historia da Historiografía*, 12 (agosto de 2013), pp. 156-175. Me ha interesado también al respecto Heinz-Gerhard HAUPT y Jürgen KOCKA (eds.): *Comparative and Transnational History. Central European Approaches and New Perspectives*, Nueva York, Berghahn Books, 2009.

nejaban y que se transmitían entre ellos o con el Estado, con otros comerciantes, hombres de negocios y oficiales imperiales. La familia era, al mismo tiempo, un ámbito de relaciones íntimas y una sociedad basada en tipos muy diversos de «información afectiva» en la que se mezclaban de forma *natural* las oportunidades de mejorar por herencia, la promoción militar, los empleos públicos, las ventas de *stock* de la East India Company, los litigios jurídicos, las enfermedades infantiles, la inteligencia naval, los seguros sobre el precio del azúcar, las posibilidades de promoción, los lenguajes de la Ilustración sobre el progreso económico y los sentimientos, las libertades públicas, los derechos civiles, los derechos generales de la humanidad y la situación de las mujeres, los esclavos, los colonizadores y los colonizados⁵².

Estudios como éste, con una marcada impronta de lo biográfico, han permitido renovar la reflexión sobre el carácter relacional de las geografías del Imperio y la forma en que éstas no son sólo un mero telón de fondo, sino elementos constitutivos de una identidad al menos parcialmente nueva, híbrida y compleja, que pone en cuestión ideas previas sobre los modos de conformación de las jerarquías y asimetrías del poder y de las fronteras tradicionales. Los trabajos sobre las redes familiares, de patronazgo y clientela, el cruce de influencias políticas e intelectuales (y no sólo económicas), más allá incluso de la desaparición formal de los imperios, se asientan en buena medida sobre una utilización intensa de las trayectorias de vida de sus protagonistas, como demuestran trabajos como los de Elsa Lechner sobre las narraciones de vida y la reformulación de las nociones de ciudadanía de los emigrantes o el estudio de Juan Pan sobre la densa red de transferencias entre España, Eu-

⁵² Emma ROTHSCHILD: *The Inner Life of Empires. An Eighteenth-Century History*, New Jersey, Princeton University Press, 2011. Junto a éste me han interesado especialmente los trabajos de Alison GAMES: *The Web of Empire: English Cosmopolitanism in an Age of Expansion, 1560-1660*, Oxford, Oxford University Press, 2008, y Linda COLLEY: *The Ordeal of Elizabeth Marsh: A Woman in World History*, Londres, Harper, 2007, así como el avance del proyecto de Alan LESTER: «Relational Space and Life Geographies in Imperial History: George Arthur and Humanitarian Governance», *Journal of the CHA/Revue de la SHC*, 21-2 (2009), pp. 29-46. El cruce de lo privado y lo público, el mundo de los negocios y la política, en un espacio transnacional constituye la trama de la excelente biografía de Jean-Philippe LUIS: *L'ivresse de la fortune. A. M. Aguado, un génie des affaires*, París, Payot, 2009.

ropa y América a través de la labor social, económica y política del vasco Domingo Ordoñana⁵³.

Precisamente en este terreno, enlazando con las perspectivas de combinación de lo individual y lo global que vienen observándose en los estudios culturales, creo que los historiadores interesados en la política pueden tener mucho que aportar. En especial, al insistir en los peligros de la difuminación de lo político y la necesidad de una valoración sistemática de las relaciones de poder —del conflicto, de la coerción y la resistencia— en la conformación del intercambio, la conexión, la transferencia o la hibridación. El desplazamiento de las categorías fijas nacionales o locales, la insistencia en las circulaciones y las interdependencias, requiere una historia atenta a lo político e interpela especialmente a la historia biográfica por su potencial para cruzar esferas, escalas y tiempos; para explorar las historias simultáneas de resistencia e intercambio y la manera en que, como señala Natalie Zemon Davis, ambos aspectos están imbricados y deben ser entendidos, al tiempo, como coercitivos y comunicativos⁵⁴.

De esta forma, y volviendo a uno de los núcleos centrales de argumentación de este artículo, se podrá pensar de forma más compleja e interesante la pertinencia de marcos diferentes y múltiples para abordar el potencial interpretativo general de biografías guiadas por problemas históricos sustanciales. La sutura de las viejas heridas y fronteras entre la historia sociocultural y la historia política es condición no sólo del avance del conocimiento, sino de la posibilidad de una visión más humanista y más democrática, no tanto porque abra el camino para la inclusión de nuevos sujetos, sino porque ayuda a reconocer el principio de «individualidad sig-

⁵³ Elsa LECHNER: «Migração, pesquisa biográfica e emancipação social: Contributo para a análise dos impactos da pesquisa biográfica junto de migrantes», *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 85 (2009), pp. 43-64, y Juan PAN-MONTOJO: «The Spanish Basque Domingo Ordoñana: Progress, Civilisation and Order in 19th Century Uruguay», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012.

⁵⁴ Natalie ZEMON DAVIS: «Decentering History: Local Stories and Cultural Crossings in a Global World», *History and Theory*, 5 (mayo de 2011), pp. 188-202. Véase también, para la discusión sobre el alcance y límites de las propuestas al respecto, Sanjay SUBRAHMANYAM: «Intertwined Histories: *Crónica* and *Tarikh* in the Sixteenth-Century Indian Ocean World», *History and Theory*, 49 (2010), pp. 118-145.

nificativa» a todos los seres humanos y contribuye, además, a despojar al mundo histórico de su inevitabilidad fatal.

* * *

«En un nivel básico, reconoce Sanjay Subrahmanyam, se trata de la clásica pregunta de cuán determinista es tu historia, cuántas personas son prisioneras del contexto o agentes activos. Lo que hay que hacer es viajar constantemente entre esos niveles de análisis»⁵⁵. En efecto, en un nivel básico y primordial —tanto desde el punto de vista ético como analítico— de eso se trata. De restituir al pasado su pluralidad y su carácter abierto, de plantearse a fondo el problema de la responsabilidad, de las elecciones posibles, de los límites y alcance de la libertad. Lo que necesariamente cambia son las formas de abordar una mejor comprensión de todo ello. Las rupturas de las barreras y el cruce de fronteras, percibidas y analizadas como fenómenos históricos profundamente ambivalentes, parece ser en este momento el mejor antídoto contra el retorno de una vieja forma de concebir la historia y la biografía políticas. No es tanto un problema de disolución como de consciente hibridación y mestizaje entre escalas, entre lo privado y lo público, lo cultural y lo político, lo individual y lo colectivo, lo local y lo global. Un cruce constante, argumentado y meditado en cada caso y cada problema, para el que la historia biográfica está, a mi juicio, especialmente equipada desde sus propios intereses y recursos, algunos de ellos saludablemente clásicos.

El biógrafo, escribió Virginia Woolf, tiene que ser un pionero, ir «delante del resto de nosotros como el canario en la mina, comprobando la atmósfera, detectando la falsedad, la irrealidad y la presencia de convenciones obsoletas». Por eso, «hay algunas historias que tienen que ser recontadas por cada generación»⁵⁶.

⁵⁵ Entrevista con Natalie Zemon Davis, Clionauta, 4 de abril de 2012.

⁵⁶ Virginia WOOLF: *The Art of Biography* y *Not one of Us*, octubre de 1927, citados por Hermione LEE: *Virginia Woolf*, Londres, Chatto and Windus, 1996, p. 11.